



EL DISCÍPULO

I

UN FILÓSOFO MODERNO

En una leyenda que no ha sido desmentida, se dice que los ciudadanos de Kœnisberg adivinaron que un acontecimiento prodigioso trastornaba el mundo civilizado, solamente con advertir que el filósofo Manuel Kant variaba la dirección de su paseo cotidiano. El célebre autor de la *Crítica de la razón pura* había recibido en aquel mismo día la noticia de haber estallado la *Revolución francesa*. Aunque la ciudad de París no es terreno muy a propósito para admiraciones tan inocentes, algunos vecinos de la calle *Guy de la Brosse* experimentaron cierta tarde de Enero de 1887 un estupor semejante, viendo salir de casa, a eso de la una, á un filósofo menos ilustre que el viejo Kant, pero tan metódico y tan maníaco en sus hechos y en sus *gestas* como el filósofo de Kœnisberg, y acaso más demoledor en su análisis: al señor Adriano Sixto, a quien los ingleses designan espontáneamente con el nombre de *Spèncer* francés.

Es conveniente manifestar, ante todo, que la mentada calle de Guy de la Brosse, que une la de Jussieu con la de Linneo, forma parte de una especie de provincia en pequeño, o llámese cantón, limitado por el Jardín de Plantas, el Hospicio de la Caridad, el depósito de los vinos y los primeros tramos de las montañas de Santa Genoveva. Más claro, que allí son posibles averiguaciones y vigilancias asiduas absolutamente irrealizables en los barrios populosos de la ciudad, en los que el vaivén de la existencia renueva sin cesar las olas de carruajes y de transeuntes. Suelen vivir aquí solamente propietarios de escasa renta, profesores, modistas, empleados en el Museo, estudiantes ganosos de estudiar, escritores jóvenes que tienen cerca de su soledad las tentaciones del país latino. Las tiendas son aquí famosas para una parroquia fija como la de una aldea. El panadero, el carnicero, la lavandera, el boticario... todos estos nombres son pronunciados en singular por la doméstica cuando va a recados. No hay concurrencia de industrias en aquella manzana de casas fuera ya de la línea de ómnibus de la *Glaciere*, y adornada con una fuente que, en honra del Jardín de Plantas, adornó el escultor con muchas y muy caprichosas figuras de animales. Las personas que visitan el mencionado jardín, muy contadas veces entran en él por la puerta estrecha frente al hospicio; de suerte que aun en las más hermosas mañanas de primavera, y cuando abunda la concurrencia bajo los verdes árboles de aquel paseo predilecto de soldados y de niñeras, la calle de Linneo permanece solitaria y tranquila como de ordinario, y mucho más tranquilas y más solitarias las

calles adyacentes. Si en aquel apartado rincón de París se advierte alguna vez afluencia extraordinaria de gentes, consiste en que se han abierto las puertas del *hospital* para los que quieran visitar a los enfermos; y entonces se verifica por aquellas aceras un desfile de transeuntes afligidos y humildes. Estos romeros de la miseria llegan allí, por lo general, provistos de golosinas destinadas al pariente o allegado que padece dentro de las paredes negruzcas y viejas del hospital, y los vecinos de los pisos entresuelos, de las tiendas y de los almacenes no se dignan fijar en ellos su atención. Ni aun reparan en aquellos paseantes de casualidad, y reservan su atención toda para aquellos transeuntes que aparecen todos los días y a las mismas horas y casi al mismo minuto por el sitio mismo de la acera. Y es de tal manera esto, que tienen los porteros y los comerciantes del barrio, bien así como los cazadores en el campo, señales inequívocas y precisas de la hora que es o del tiempo que hará, en los que habitualmente pasan por las calles; ven, por ejemplo, al profesor de enseñanza libre andar con alguna precipitación, llevando su cartera de cuero verde bajo el brazo y mordiendo el panecillo de diez céntimos comprado a la carrera, pues aquellos espías de mostrador ya saben que son muy cerca de las ocho; advierten que el mozo de la pastelería sale con sus fiambreras cubiertas, pues ya saben que son las once y que el comandante retirado, inquilino del quinto piso, de tal o cual casa, va a almorzar... y así sucesivamente pasan todas las horas del día. Un cambio en el tocado de las señoras que por allí pasean su elegancia, más o menos coqueta, es obser-

vada y se comenta y se traduce por veinte bocas muy habladoras y no muy indulgentes. En fin, para emplear una frase muy pintoresca del centro de Francia: «Las idas y venidas de los habituales transeuntes de aquellas cuatro o cinco calles *andan siempre en lenguas*», y las idas y venidas del señor Adriano más todavía que las de muchos otros, como se comprenderá fácilmente con una ligera noticia acerca del personaje. Al fin y a la postre, los pormenores de la existencia ordinaria de este hombre proporcionarán a los curiosos un *documento auténtico* de una especie social muy rara: la de los filósofos de profesión.

Algunos ejemplares de esta especie nos han dado los antiguos, y más recientemente Colero, hablando de Spinosa, y Darwin y Stuart Mill hablando de ellos mismos. Pero Spinosa fué un holandés del siglo XVIII, y Darwin y Stuart Mill se desarrollaron entre la opulenta y activa burguesía de Inglaterra, mientras que Adriano vivía como filósofo en París y a fines del siglo XIX. He conocido en mi juventud, y cuando este linaje de estudios tenía atractivos para mí, muchos individuos tan presos como él en la atmósfera de sus abstrusas especulaciones; pero ninguno he hallado que me haga comprender mejor la existencia de un Descartes, en su estufa en el fondo de los Países Bajos, y la del pensador de la *Ética*, el cual, como todos sabemos, no tenía más entretenimiento, en medio de sus constantes meditaciones, que fumar de cuando en cuando una pipa y perseguir a las arañas.

Catorce años hacía justamente que el señor Sixto,

al día siguiente de la guerra, había venido a establecerse en una de las casas de la calle de Guy de la Brosse, en la que todos los vecinos le conocen ahora. Era en aquella época, ya lejana, hombre de unos treinta y cuatro años, en cuya fisonomía todo indicio de juventud estaba borrado por la absorción del espíritu en las ideas, absorción tan ostensible, que el rostro completamente afeitado del nuevo inquilino no indicaba ni edad, ni profesión. Los médicos, los sacerdotes, los agentes de Policía y los comediantes presentan a la vista, por muy distintas razones, esos rostros fríos, pelados, prolongados y sin expresión.

Frente alta, algo echada hacia atrás; boca grande, labios delgados, color bilioso, ojos enfermizos a fuerza de leer y ocultos por espejuelos oscuros, cuerpo débil y huesoso constantemente envuelto en un saco muy largo, de paño grueso en invierno y de lana delgada en verano; zapatos atados con cintas; cabellera muy larga, prematuramente encanecida, cubierta por uno de esos sombreros llamados *clac* que pueden plegarse por medio de muelles y que se desfiguran muy pronto; he aquí las exterioridades con que se presentaba este sabio, cuyas acciones fueron desde el primer día meticulosamente regularizadas como pudieran serlo las de un sacerdote. Ocupaba un piso cuarto de setecientos francos de alquiler, piso que se componía de alcoba, despacho, comedor, cocina y cuarto para la criada; todo con hermosas vistas. Desde la ventana de su despacho veía el filósofo casi todo el *Jardín de Plantas*; la colina del Padre La Chaise, a lo lejos; en el fondo, y hacia la izquierda, una hondonada que señalaba el curso del Sena. La

estación de Orleáns y la Salpêtrière se alzaban enfrente, y a la derecha la masa de cedros ennegrecía el follaje, verde o seco, según la estación, de los árboles del Laberinto.

El humo de las fábricas se extendía en el horizonte, claro u obscuro, por todos los ámbitos de aquel vasto paisaje, del cual partía un rumor semejante al de un mar lejano, interrumpido a veces por el silbido de las locomotoras o de las máquinas de los vaporcillos que recorren el Sena. Sin duda alguna el señor Sixto, cuando escogió aquella Tebaida, había obedecido a una ley general, aun no explicada, de las naturalezas dadas a la meditación. ¿No están edificadas casi todos los conventos en sitios que permiten alcanzar con la vista extensiones grandes? ¿Quién sabe si los apasionados a la soledad encuentran algo de contraste voluptuoso entre su pensativa inacción y la amplitud con que se desarrolla la actividad de los demás hombres? Sea lo que fuere de este problema de escaso interés relacionado con el no muy conocido de *la sensibilidad animal en los hombres de inteligencia*, es lo cierto que aquel paisaje lleno de melancolía era de quince años a esta parte el camarada con que aquel trabajador silencioso departía más a menudo. El hogar doméstico del sabio corría a cargo de una criada de esas que son el bello ideal de las solteronas, que no advierten cómo la perfección de ciertos servicios supone en el amo una vida también perfecta y regularizada. Al instalarse en su habitación, el filósofo se había limitado a pedir al portero una mujer que arreglase el cuarto y las señas de una fonda de la cual pudiera hacerse servir la comida; esta

solicitud podía haber tenido por consecuencia un servicio endiablado y una alimentación de casualidad y expuesta a cualquier contratiempo; tuvo, sin embargo, un éxito inesperado, cual fué llevar a casa de Adriano Sixto justamente la persona que pudo él soñar en sus más quiméricas aspiraciones; puesto caso de que un buscador de quintas esencias (como nombraba Rabelais a este género de soñadores) tenga tiempo para formar aspiraciones.

Este portero, como es uso y costumbre de todos los porteros en casas de estas, aumentaba el salario, muy mezquino en su portería, ejerciendo su oficio: era zapatero *de viejo y de nuevo*, según así lo rezaba un cartelito pegado al vidrio de la ventana que daba a la calle. El señor Carbonnet, así se llamaba el portero y maestro de obra prima, tenía entre sus parroquianos un cura domiciliado en la calle de Cuvier. Este presbítero, muy entrado en años, retirado del mundo, tenía como criada a la señorita Marieta Trapenard, mujer de unos cuarenta años, acostumbrada desde muy antiguo a disponer en todo y por todo en casa de su amo, sin que por esto hubiese perdido sus aires de lugareña ni tuviese deseos de darla de medio señora. Era dura para el trabajo, pero por nada en el mundo hubiese entrado a servir en una casa donde pudiera hallarse con otra autoridad femenina. Su amo, el sacerdote, falleció casi de repente en la semana próxima anterior a aquella en que el filósofo se había instalado en el cuarto piso de la calle de Guy de la Brosse. Leyendo el señor Carbonnet el contrato de inquilinato, en el cual el recién venido se inscribió solamente como rentista, comprendió

muy pronto a qué clase de hombres pertenecía Sixto; primeramente, por los numerosos libros que formaban la biblioteca del sabio; después, por las noticias que proporcionó acerca de él una criada de la misma casa; criada que servía a un profesor del Colegio de Francia, inquilino del piso primero. Así lo atestiguaban varios anuncios blancos colocados en la pared y en los que se especificaban las asignaturas de aquel célebre establecimiento.

En esta especie de falansterio del París burgués, todo se convierte en substancia y todo llama la atención. La criada aludida nombró delante de su ama al vecino futuro. El ama, a su vez, dijo el nombre al marido. Este último, durante la comida, habló del sabio en tales términos, que la nueva criada se juzgó en el caso de explicar a los porteros que el inquilino nuevo *escribía en los papeles como el señorito*. Carbonnet no habría sido digno de desempeñar una portería si no hubiese experimentado inmediatamente la necesidad de poner en relaciones al señor Sixto y a la señorita Trapenard, con tanto mayor motivo, cuanto era más cierto que la señora de Carbonnet, vieja ya y casi inutilizada, estaba más que sobradamente ocupada con el arreglo de otros tres cuartos de la misma casa, y no habría podido de ningún modo aceptar el del señor Adriano. La afición al cabildeo y a la intriga que florece en los cuchitriles de los porteros, lo mismo que los geranios, indujo a la pareja porteril a manifestar al sabio que en las hosterías del barrio cocinaban muy mal, y que no conocían ellos en todos aquellos alrededores una asistenta de quien se atrevieran a responder, y, en fin, que la criada del

difunto padre Vayssier era una *perla* de discreción, de orden, de economía y de talentos culinarios.

En una palabra, el filósofo vino en que hablaría con aquella ama de llaves ejemplar. Sedújole, desde luego, el aspecto de honradez de la doncella; y le sedujo también el considerar que aquel arreglo simplificaba muchísimo su existencia, eximiéndole de una ocupación muy penosa y muy desagradable; es, a saber, la de dar él mismo, por sí y ante sí, cierto número de órdenes positivas. La señorita Trapenard entró, por consiguiente, al servicio de este nuevo amo, para residir en la casa con un salario de cuarenta y cinco francos al mes, que se elevó muy pronto hasta sesenta.

El sabio daba además a su ama de gobierno cincuenta francos de aguinaldo todos los años. Jamás examinaba el libro de gastos, para los cuales entregaba, sin discutirlos nunca, lo que la señorita Trapenard le pedía en la mañana del domingo para toda la semana. Ella era la encargada de entenderse con los proveedores, sin que la más insignificante observación del señor Sixto turbase las combinaciones de su criada, combinaciones que, justo es decirlo, eran honradas de todo en todo.

En resumen, la señorita Trapenard reinaba en el hogar de aquel buen señor como ama absoluta; situación que, como se comprende perfectamente, excitaba la envidia universal de aquella sociedad en miniatura, que iba y venía incesantemente por la escalera común que un barrendero limpiaba todos los lunes.

—Vaya, vaya... señorita Marieta, le ha caído a us-

ted la lotería con ese amo—solía decirle Carbonnet cuando la criada del filósofo se detenía un minuto para hablar con su introductor, ya algo más envejecido.

El pobre tenía necesidad ahora de usar anteojos, y muy difícilmente acertaba a dar con precisión sus martillazos en las tachuelas con que trataba de asegurar los tacones de las botinas, sujeta la horma entre ambas piernas y rodeado el cuerpo con el mandil de cuero.

Hacia ya algunos años que el maestro Carbonnet educaba en su casa a un gallo, al cual, sin que nadie supiese el por qué, llamaba Fernando. Dicho animal se paseaba de aquí para allí con la mayor frescura entre los cueros, excitando la admiración de cuantos visitaban la *tienda-portería* por la avaricia con que tragaba botones de las botas. En sus momentos de terror, aquel gallo domesticado se acogía al amparo de su dueño; metía una de sus patas en el bolsillo del chaleco y ocultaba la cabeza debajo del brazo de Carbonnet.

—Vamos, Fernando, saluda a la señorita Marieta—decía el portero. Y el gallo picoteaba suavemente en las manos a la criada, mientras el portero seguía diciendo:

—Siempre he repetido lo mismo: no hay que desesperarse por un año malo; a éste seguirá el segundo lo mismo, y otros peores, y luego otros mejores, y así... Los años se persiguen unos a otros, lo mismo que Fernando persigue a las gallinas... ¿No es cierto, correton?

—Sí lo es—respondió Marieta—; es preciso reco-

nocer que, como buen hombre, es buen hombre mi señorito, aunque en lo que hace a la religión es un verdadero pagano, que no ha oído misa ni una sola vez en quince años.

—¡Tantos hay que la oyen y son unos tunantes!

Ese trozo de conversación da idea exacta de la opinión que la señorita Marieta tenía formada de su amo. Pero esa opinión sería por completo ininteligible si no se recordasen aquí los trabajos del filósofo y la historia de su pensamiento. Nacido por los años 1839 en Nancy, donde su padre tenía una tienda de relojero, y distinguido desde muy niño por la precocidad de su inteligencia, Adriano Sixto ha dejado entre sus compañeros el recuerdo de un muchacho triston y taciturno, dotado de extraordinaria fuerza de resistencia moral, que imposibilitó siempre toda familiaridad. Siguió sus estudios al principio con brillantez extraordinaria, después con menos resultado, hasta que en la clase de filosofía, que se denominaba entonces lógica, Sixto se distinguió por sus aptitudes excepcionales. Su profesor, asombrado del talento metafísico demostrado por el joven, procuró persuadirle a que se preparase para el ingreso en la Escuela Normal. Adriano se negó a ello resueltamente, y declaró, además, a sus padres, que oficio por oficio, le parecía preferible, a cualquier otro, un trabajo manual. «Seré relojero como tú», fué la única respuesta que dió a las observaciones y a los consejos de su padre, que acariciaba, como suelen acariciar muchos menestrales y artesanos franceses, cuyos hijos concurren a los colegios, el sueño de un porvenir de empleado público.

El señor y la señora de Sixto (porque a la sazón Adriano tenía madre) nada podían censurar a un joven que no fumaba, que no concurría al café, que nunca se presentaba con mujeres, en fin, que los tenía al mismo tiempo hechizados y orgullosos y ante cuya voluntad se doblegaban siempre. Los padres renunciaron, por consiguiente, a que su hijo siguiera carrera, pero tampoco se resignaron a ponerle de aprendiz; así Adriano vivió en la casa paterna sin más ocupación que la de estudiar lo que le pareciera y como le pareciera. Empleó así diez años perfeccionándose en el estudio de las filosofías inglesas y alemanas, en las ciencias naturales y, muy particularmente, en la ciencia del cerebro, en las matemáticas; en fin, se dió como ha dicho de sí mismo uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo, una violenta *encefalitis*, esa especie de apoplejía de conocimientos positivos que fué el proceso de la educación de Carlyle y de Mill, de M. Taine y de M. Renán y de casi todos los maestros de la filosofía moderna.

Corriendo el año 1868, el hijo del relojero de Nancy, que contaba entonces veintinueve años, publicó un tomo bastante voluminoso (unas 900 páginas) y que llevaba por título *Psicología de Dios*. Adriano sólo mandó ejemplares de su libro a muy limitado número de personas, que no excedían de quince; pero así y todo, la obra movió mucho ruido y produjo escándalo, lo cual fué para la obra y para el autor una fortuna inesperada. El repetido libro, ideado y escrito en la más completa soledad del pensamiento, presentaba simultáneamente dos caracteres distintos: el de un análisis crítico, agudo hasta la

crueldad, y de un ardimiento en la negación que llegaba hasta el fanatismo. Menos poeta que Taine, inepto para escribir el magnífico prefacio de *La Intelligencia* y el trozo sobre el *fenomenismo* universal, menos árido que M. Ribot, el cual preludiaba ya en su obra *Psicólogos ingleses* la hermosa serie de sus estudios, la *Psicología de Dios* reunía la elocuencia del uno a la perspicacia del otro; a lo cual se agregaba la circunstancia de haberse fijado precisamente, sin advertirlo acaso, en el problema más interesante de la metafísica. Un folleto de cierto obispo muy en boga; ciertas alusiones, con las cuales pudo desahogar en el Senado su indignación un señor cardenal; un artículo furibundo firmado por el crítico más brillante de la escuela espiritualista; artículo que apareció en una revista muy acreditada, bastaron y sobaron para llamar hacia el libro la atención curiosa de la juventud, sobre la cual pasaban entonces vientos de revolución precursores de futuros trastornos.

La tesis del autor consistía en demostrar la necesidad absoluta de que se produjese *La hipótesis-Dios*, en virtud de funciones realizadas, en virtud de leyes psicológicas, originadas en algunas modificaciones cerebrales de un orden puramente físico. Esta tesis se presentaba establecida, apoyada y desarrollada con una aspereza de ateísmo que recordaba los furores de Lucrecio contra las creencias de su siglo. Aconteció, pues, al solitario de Nancy, que su obra, concebida y escrita como en una celda, fué el primer golpe lanzado de un modo ruidoso en la batalla de las ideas contemporáneas.

Muchos años hacía que no se había hallado tal

copia de ideas generales unida a tan vasta erudición, ni tanta claridad de entendimiento junta con tan osado nihilismo. Pero en tanto que el nombre del escritor adquiría en París notoriedad, sus allegados, los que le habían instruído, estaban espantados de tan escandaloso éxito. Algunos artículos de los diarios católicos entristecían, hasta desesperarla, a la señora de Sixto.

El antiguo relojero, ya anciano, temía perder su parroquia entre la aristocracia de la ciudad. Todas las miserias y todas las ruindades de la provincia crucificaron al filósofo, que estaba resuelto a separarse de su familia y abandonar su pueblo cuando sobrevino la invasión alemana y aquel espantoso naufragio nacional separó de Adriano la atención de sus compatriotas y de sus padres. Estos fallecieron en la primavera de 1871. En el verano de aquel mismo año, Adriano Sixto perdió a una tía, y a consecuencia de todo esto, en el otoño de 1872, después de haber realizado toda su fortuna, fué a establecerse a París. Sus ingresos consistían, unidas la herencia de sus padres y la de su tía, en una renta vitalicia de ocho mil francos. Había resuelto no casarse, no alternar con nadie, no ambicionar nunca honores, puestos, ni reputación: toda la fórmula de su existencia estaba resumida en este vocablo: *pensar*.

Para definir mejor a este hombre de condición tan rara, como este dibujo tomado del natural corre gran peligro de parecer inverosímil al lector, poco familiarizado con las biografías de los grandes manipuladores de ideas, es necesario echar una ojeada sobre las diarias ocupaciones de tan infatigable trabajador.

En verano como en invierno, Adriano Sixto se ponía a la mesa a las seis de la mañana para desayunarse con una taza de café puro. A las diez almorzaba, operación tan breve, que a las diez y media ya podía franquear la puerta del Jardín de Plantas. Allí paseaba hasta las doce, llevando algunas veces su paseo a los muelles y del lado de *Nuestra Señora*. Uno de sus entretenimientos predilectos era permanecer largos ratos ante las jaulas de los monos y cerca de la choza del elefante. Los muchachos y las niñas que le veían reír, como Sixto reía, silenciosamente y sin cesar, ante las ferocidades y el cinismo de los macacos y demás cuadrumanos, no sospechaban siquiera los misantrópicos pensamientos que este espectáculo hacía nacer en el espíritu del sabio, que comparaba, en su fuero interno, la comedia del hombre con la comedia del mono, como comparaba nuestra locura habitual con la cordura del animal tan noble que fué el rey del globo terrestre antes que nosotros. Hacia el medio día regresaba Adriano a su casa y volvía al trabajo hasta las cuatro. De cuatro a seis recibía, tres veces a la semana, a cuantos querían visitarle, que eran, por lo común, estudiantes, profesores ocupados en los mismos estudios que él, extranjeros a quienes atraía la fama ya europea del filósofo. En los otros tres días se dedicaba él mismo a visitas indispensables. A las seis comía y tornaba a salir, andando en este segundo paseo a lo largo del Jardín cerrado hasta la estación de Orleáns. A las ocho estaba de vuelta en su casa, despachaba la correspondencia o leía. A las diez ya estaban apagadas en aquella casa

todas las luces. Esta vida casi monástica tenía su día de descanso semanal: el lunes.

El filósofo, observando que los domingos arrojan sobre el campo olas de paseantes, en tales días salía muy de mañana, montaba en el tren de cualquier pueblecito cercano, y no regresaba hasta la noche. En el transcurso de unos quince años Adriano Sixto no se había separado una vez siquiera de esa marcha regular y uniforme. Ni una sola vez había aceptado un convite para comer fuera de casa ni había concurrido a ningún espectáculo. Nunca leía periódicos; del servicio de sus libros encargaba al editor y nunca solicitaba artículos; ni los agradecía siquiera. Tan absoluto y tan completo era su indiferentismo en política, que nunca se había tomado el trabajo de recoger su cédula electoral. Es preciso agregar a lo dicho, si han de fijarse los rasgos más principales de esta figura singular, que había roto las relaciones con su familia y que esta ruptura se fundaba en una teoría. El señor Sixto había escrito en el prefacio de su segunda obra, titulada *Anatomía de la voluntad*, esta frase significativa: «Los lazos sociales deben reducirse a su *minimum* por aquel que desea conocer y decir la verdad en el terreno de las ciencias psicológicas.» Por un motivo análogo, este hombre tan bondadoso, que no había dirigido a su criada tres observaciones en quince años, se había prohibido a sí mismo de una manera terminante el ejercicio de la caridad. Sixto pensaba sobre este particular lo mismo que Spinosa, cuyas son las siguientes líneas: «La caridad en el sabio que vive, según la razón, es mala y además es inútil.» (Véase el libro IV de la

Ética.) Este santo laico, así hubieran podido llamarle con tanta justicia como se lo han llamado al venerable Emilio Littré, aborrecía en el cristianismo una dolencia del linaje humano. Aducía para justificar su creencia dos razones: la primera, que la hipótesis de un Padre celestial y de una bienaventuranza eterna había desarrollado extraordinariamente en el alma el desprecio hacia las realidades y disminuído al propio tiempo la fuerza de aceptación de las leyes de la Naturaleza; la segunda, que al establecer todo el orden social sobre el amor, es decir, sobre la sensibilidad, esta religión dejaba abierta de par en par la puerta a todos los caprichos de las doctrinas más personales.

No sospechaba el buen filósofo, por lo demás, que su fiel criada le cosía en todos los chalecos medallas benditas, y su despreocupación respecto al mundo exterior era tal, que comía de vigilia todos los viernes y aun muchos días en que nuestra santa madre la Iglesia preceptúa abstinencia de carne, sin percatarse de aquel esfuerzo que la solterona hacía para asegurar la salvación eterna de su amo, acerca del cual solía decir, sin saber de seguro que reproducía una frase muy célebre:

«El Dios de bondad no sería el Dios de bondad si tuviese corazón para condenarle.»

Aquellos años de labor continuada en la ermita de la calle de Guy de la Brosse habían producido, amén del libro titulado *Anatomía de la voluntad*, una *Teoría de las pasiones*, obra en tres tomos, cuya publicación hubiese movido mayor escándalo que la *Psicología de Dios*, si la absoluta libertad de la Prensa periódica y del libro desde diez años antes no hu-

biesen familiarizado a los lectores con las osadías de descripciones que la tranquila ferocidad técnica de los sabios no podía igualar. En estos dos libros se hallaba expuesta con precisión y exactitud la doctrina de Adriano Sixto, que es conveniente resumir aquí, en algunos rasgos generales, para la inteligencia del drama al que sirven de prólogo estos ligeros apuntes biográficos. Con la escuela crítica aislada de Kant, el autor de esos tres tratados, admite que el espíritu es impotente para conocer las causas y las substancias, y que debe, por consiguiente, limitarse a observar y coordinar fenómenos, hechos. Con los psicólogos ingleses admite que un grupo de esos fenómenos, los que podrían clasificarse bajo el epígrafe común de *hechos del alma*, puede ser objeto de conocimiento científico siempre que sea estudiado con sujeción a un método científico. Hasta aquí, según vemos, nada hay en estas teorías que las diferencie de las que Taine, Ribot y los discípulos de éstos han desarrollado en sus principales trabajos. Los dos caracteres originales de las investigaciones de Adriano Sixto están en otra parte. El primero reside en un análisis negativo de lo que Herbert-Spencer nombra lo *Incognoscible*. Es sabido que el gran pensador inglés admite que toda realidad reposa sobre un fundamento oculto y en el que es imposible penetrar; es necesario, por consiguiente, para emplear la fórmula de Fichte, admitir este fundamento oculto como incomprendible. Pero según lo atestigua evidentemente el comienzo de su libro *Primeros principios*, para Spencer ese *Incognoscible* tiene existencia real. Vive, toda vez que de él tomamos nuestra vida nosotros.

De esto a suponer y concebir que ese fondo oculto, con existencia propia, que hay en toda realidad, tiene pensamiento ya que de él sale nuestro pensamiento y tiene corazón, pues que nuestro corazón se deriva de él, no hay más que un paso. Cuando menos viven en la actualidad muchos hombres de talento que vislumbran una reconciliación posible, y aun probable, entre la ciencia y la religión, tomando como punto de partida ese terreno de lo incognoscible. En concepto de Adriano Sixto aquí se guarece la última forma de la ilusión metafísica que el filósofo se obstina en destruir con una fuerza de razonamiento que no se había admirado en tal grado desde Kant hasta nuestros días. Su segundo título de honor como psicólogo, consiste en una exposición tan nueva como ingeniosa de la procedencia puramente animal de la sensibilidad humana. Merced a una lectura abundantísima y a un conocimiento serio y profundo de las ciencias naturales, ha podido intentar, con el estudio de la generación de las formas del pensamiento, el trabajo que ensayó Darwin para estudiar la generación de las formas de la vida. Aplicando la ley de la evolución a todos los hechos que constituyen el corazón humano, ha procurado demostrar que nuestras sensaciones más delicadas, los refinamientos morales más nobles, como nuestras caídas más vergonzosas son el último límite, la suprema metamorfosis de los más sencillos instintos, que eran, a su vez, propiedades de la celdilla primitiva; de suerte que el universo moral reproduce fiel y exactamente al universo físico, y el segundo no es, en realidad, otra cosa que la conciencia ya dolorosa,

ya estática del segundo. Esta conclusión, lanzada a título de hipótesis, por su carácter metafísico, sirve como de punto de partida para una maravillosa serie de análisis entre los cuales merecen y deben ser mencionadas doscientas páginas acerca del amor, de un atrevimiento casi cómico, brotando de la pluma de un hombre en extremo casto, si no completamente immaculado. ¿Pero acaso el mismo Spinoza no dió sus teorías de los celos, cuya barbarie no ha llegado a igualar ningún novelista moderno? ¿Schopenhauer no rivaliza en talento con Chamfort, en sus violencias contra las mujeres? Inútil parece agregar a lo dicho que en todas las páginas del libro se respira el determinismo más completo. A Adriano Sixto se deben algunas frases que traducen con gran energía su convicción de que todo es necesario en el alma, hasta la ilusión de que somos libres. «Todo acto, escribe Adriano, es solamente una adición. Afirmar que ese acto es libre, vale tanto como decir que en la suma hay algo que no existe en los sumandos.» Y en otro lugar: «Si conociésemos realmente la posición relativa de todos los fenómenos que constituyen el universo actual, podríamos desde ahora mismo determinar con la certeza y la exactitud con que predicen los astrónomos un eclipse, el día, la hora, el minuto en que Inglaterra, *verbi gratia*, abandonará la India; o en que Europa habrá consumido su último pedazo de hulla; o en que este o estotro criminal, aun no nacido, asesinará a su padre; o tal poema, aun no concebido, será escrito. Lo porvenir está en lo presente, como están en la definición todas las propiedades del

triángulo.» El fatalismo mahometano no ha sido nunca expuesto con precisión más absoluta.

Especulaciones de esta especie no parecían comparables sino con la más espantosa aridez de la imaginación. De manera que cuando Adriano Sixto decía de sí mismo, y lo decía muy a menudo: «tomo la vida por su lado poético,» parecían a cuantos lo oían la más absurda de las paradojas. Y no obstante, nada más exacto en lo que respecta a la índole especial del espíritu de un filósofo. Lo que distingue esencialmente a un verdadero filósofo, filósofo de nación, por decirlo así, de los otros hombres, es que sus ideas, en vez de ser para su inteligencia fórmulas más o menos exactas, son seres vivos y reales. En el filósofo la sensibilidad se modela en el molde del pensamiento, mientras que en todos nosotros existe siempre divorcio, y aun antagonismo a las veces, entre el corazón y el cerebro. Un predicador cristiano señaló admirablemente la naturaleza de ese antagonismo al pronunciar aquella frase extraña y profunda al mismo tiempo: «*Sabemos* perfectamente que hemos de morir, pero no lo *creemos*.» El filósofo, cuando lo es por su constitución propia, no concibe ese dualismo, esa vida dispersa entre sensaciones y reflexiones contradictorias.

Así, pues, la necesidad universal de todas las cosas; la metamorfosis indefinida y constante de unos fenómenos en otros fenómenos; el trabajo colosal de la Naturaleza, siempre en disposición de hacer y deshacer, sin punto de partida ni punto de llegada, sin fin ni principio, por el único juego de la *celdilla* primaria; el trabajo también gigantesco del alma hu-

mana, trabajo paralelo al anterior, limitado a reproducir en forma de pensamientos, sensaciones y voliciones, el movimiento de la vida psicológica, no eran para Adriano Sixto simples objetos de especulaciones abstractas.

Engolfábase Sixto en la contemplación de esas ideas con una especie de vértigo, las sentía con todo su sér; de tal suerte, que aquel pobre señor, sentado en su mesa, servido por la criada anciana que cocinaba y gobernaba en su casa, con un despacho de aspecto humilde, sumergidos los pies en sus zapatillas forradas, envuelto su cuerpo en un gabán raído, participaba en su imaginación del trabajo universal. Sixto revestía, por lo tanto, todas las formas del sér; vivía la vida de todo lo creado; dormía como el mineral, vegetaba como la planta; animábase como el bruto rudimentario, se complicaba con los organismos superiores; como hombre, en fin, se abría con la amplitud de un talento apto para reflejar la extensión del mundo. Estas delicias de las ideas generales son muy parecidas a las que produce el opio, que convierte a sus apasionados en soñadores indiferentes a las insignificantes contingencias del mundo entero y también ¿por qué no decirlo? extraños a los afectos ordinarios de la vida.

Por regla general, no solemos aficionarnos sino a las cosas que para nosotros tienen realidad; mas para esos seres extravagantes, lo real es precisamente la abstracción, y las realidades diarias son únicamente sombras; cuando más, una prueba grosera y degradada de las leyes invisibles. Acaso Adriano Sixto habría querido a su madre, pero de seguro se había

reducido a ese cariño toda su existencia sentimental. Si el sabio era siempre dulce e indulgente con todos, esa dulzura y esa benevolencia no reconocían otro origen que el instinto mismo en virtud del cual cogía sin violencia un mueble de su despacho cuando se le ocurría cambiarlo de sitio; pero Sixto no había sentido nunca la necesidad de tener a su lado el calor de una verdadera ternura, una familia, una adhesión, un amor, ni aun una amistad.

Algunos sabios, con quienes mantenía relaciones, eran para él, única y exclusivamente, ocasión de conversaciones profesionales; éste sobre química, esotro sobre matemáticas sublimes, el de más allá sobre las enfermedades del sistema nervioso. Que esos compañeros estuviesen casados, que se dedicaran a la educación de sus hijos, que aspiraran a crearse una posición en su carrera, nada significaba en las relaciones de Sixto con ellos. Y aunque, después de esta especie de esbozo del carácter de Adriano, la conclusión puede parecer muy original, es lo cierto que el filósofo era completamente feliz.

Dados tal hombre, tal hogar y tal vida, imagínese qué efecto producirían en el despacho de la calle de Guy de la Brosse dos sucesos, que uno en pos de otro, sobrevinieron en una tarde misma. Fué el primero, la llegada de una papeleta de cita judicial, dirigida al señor don Adriano Sixto, para que compareciera al despacho del señor Valette, juez de instrucción, a prestar declaración, según la fórmula, «sobre hechos y circunstancias de las cuales se le enterará»; el segundo fué la llegada de una carta firmada por la viuda de Greslou, y en la cual dicha señora viuda su-

plicaba al señor Sixto que tuviera la bondad de recibirla al día siguiente, hacia las cuatro de la tarde, «para hablarle del crimen de que se acusaba injustamente a su desgraciado hijo.»

Ya he dicho que el filósofo nunca leía periódicos. Si Adriano hubiese abierto casualmente cualquiera de ellos en el transcurso de la última semana, habría encontrado, sin duda, alusiones a esa historia del joven nombrado Greslou, historia que procesos más recientes han hecho olvidar por completo. Careciendo de estas noticias, ni la cita judicial, ni la carta de la viuda Greslou explicaban nada al señor Sixto. Esto no obstante, por la relación que advertía entre la cita del juez y las palabras de la viuda, supuso el sabio que entre el uno y el otro hecho existían conexiones, y presumió también que se trataba en ambas de un joven, de un tal Roberto Greslou, a quien el filósofo había conocido un año antes, en circunstancias que, por cierto, nada tenían de extraordinarias. Pero precisamente tales circunstancias contrastaban mucho con la idea de una causa criminal, para que estos vagos recuerdos guiasen de algún modo las suposiciones del sabio; el cual permaneció mucho tiempo mirando alternativamente, ya la papeleta, ya la carta, presa de esa inquietud casi dolorosa que el suceso más insignificante, cuando sobre inesperado es obscuro, produce en el ánimo de los hombres metódicos.

¡Roberto Greslou! Adriano Sixto había leído por primera vez este nombre en la firma de una carta que recibió, hacía ya dos años, con un manuscrito. Este manuscrito llevaba en la cubierta el título si-

guiente: *Apuntes para el estudio de la multiplicidad del Yo*, y en la carta se manifestaba modestamente el deseo de que el escritor insigne se dignase echar una ojeada sobre aquel primer ensayo de un hombre muy joven todavía. El autor había agregado a su firma las palabras siguientes: «Alumno antiguo de filosofía en el Liceo de Clermont-Ferrand.»

Aquel trabajo, de unas sesenta páginas, revelaba una inteligencia tan prematuramente sutil, un conocimiento tan exacto de las más recientes teorías de la psicología contemporánea, y, por último, tan ingenioso análisis, que Adriano Sixto se creyó precisado a contestar detenidamente en una extensa carta. Otra carta de gratitud llegó inmediatamente, y en ésta el joven anunciaba que, siéndole necesario ir a París para los exámenes de ingreso en la Escuela Normal, tendría a mucha honra presentarse en casa del *Maestro*. Este vió, en efecto, una tarde, entrar en su cuarto un joven de unos veinte años, de hermosos ojos negros, vivos y brillantes, que prestaban luz y animación a su rostro, quizá demasiado pálido. Este era el único rasgo de la fisonomía de Greslou que Sixto conservaba en la memoria.

Parecido en esto a todos los hombres pensadores, sólo recibía del mundo visible una impresión algo aérea y flotante, y de ella conservaba únicamente una reminiscencia tan indiferente y tan vaga como la impresión misma. En cambio su memoria de ideas era prodigiosa; recordaba, hasta con los más mínimos pormenores, su conversación con Roberto Greslou. Entre los muchos jóvenes a quienes la fama de Adriano Sixto había atraído a casa de éste, ningun-

no le había asombrado tanto por la precocidad verdaderamente maravillosa de su erudición y de su talento. Tal vez flotaban aún en el espíritu de este adolescente la efervescencia de un pensamiento ajeno que se ha asimilado demasiado pronto y conocimientos excesivos; pero ¡qué extraordinaria facilidad de deducción! ¡Qué elocuencia tan espontánea y al mismo tiempo qué evidente sinceridad de entusiasmo!... El sabio volvía a verle y a oírle tal cual le vio y le oyó por primera vez, cuando gesticulando un poco le decía: «No, señor; usted no puede figurarse lo que es usted para nosotros, ni lo que sentimos nosotros leyendo sus libros... Usted es el que representa toda la verdad; el hombre en quien puede creerse. Mire usted, en su *Teoría de las Pasiones* hay un capítulo... el análisis del amor, que es el breviario de todos nosotros. En el Liceo está prohibido ese libro. Yo le tenía en casa, y dos condiscípulos míos iban a ella, en los días de salida, para copiar algunos capítulos.» Y como la vanidad del autor se oculta siempre en el espíritu de todo aquel que ha hecho imprimir su prosa, aun siendo tan absolutamente sincero como lo era Adriano Sixto, aquel culto de grupos de estudiantes, expuesto con ingenua sencillez por uno de ellos, había lisonjeado muy particularmente al filósofo. Greslou había solicitado permiso para hacer al maestro otra visita, y en ella, después de confesar que no había conseguido su ingreso en la Escuela Normal, habló un poco acerca de sus proyectos. Adriano Sixto, contra su costumbre, habíase dejado arrastrar un poco, hasta preguntar al joven sobre asuntos de carácter íntimo.

De este modo supo que Roberto era hijo único de un ingeniero, que había muerto sin fortuna; y que la viuda había dado carrera al hijo a fuerza de sacrificios.

—Estoy resuelto—decía Greslou—a no permitir que haga más. Me propongo graduarme este año, después busco una clase de filosofía en cualquier colegio, y trabajo en una obra sobre las variaciones de la personalidad, cuyo boceto es el ensayo que usted ha tenido la desgracia de leer.

Los ojos del filósofo joven brillaban más que de ordinario cuando estaba él exponiendo su programa. Aquellas dos visitas habían sido hechas en el mes de Agosto de 1885; corría ahora el mes de Febrero de 1887; en ese lapso de tiempo, Adriano Sixto había recibido cinco o seis cartas de su discípulo. En la última le daba noticia Roberto Greslou de su entrada, en concepto de preceptor, en el seno de una familia aristocrática, que pasaba los meses de verano en un castillo situado en las cercanías de uno de los más hermosos lagos de Auvernia, el lago de Aydat.

Un solo dato bastará para que se forme idea de las preocupaciones de Adriano Sixto por la coincidencia entre la cita del juez y la carta de la viuda de Greslou: aunque tenía en la mesa, para corregirlas, las pruebas de un extenso artículo que había de publicarse en la *Revista Filosófica*, el filósofo comenzó a buscar aquellas cartas de Roberto inmediatamente. Es claro que las halló en seguida en la papelería donde colocaba y ordenaba cuidadosamente todos los documentos particulares. Las cartas de Roberto estaban clasificadas con otras de la misma índole, bajo el común epígrafe de: *Documentos contemporáneos so-*

bre la formación del alma. Estas cartas tenían unas treinta páginas, que el sabio leyó con mucho cuidado, sin encontrar en ellas nada que no fuesen reflexiones de orden intelectual, preguntas sobre los estudios que se proponía seguir y enunciados de algunas Memorias en proyecto. ¿Qué hilo misterioso podía unir preocupaciones de esta naturaleza con una causa criminal a que se refería la madre de Roberto? ¿Era esta causa criminal el motivo de que se le citase para declarar como testigo, hecho que de otro modo no tenía explicación? Preciso era que aquel joven, a quien sólo había visto dos veces, hubiese impresionado mucho al filósofo, porque al pensar que el misterio oculto detrás de aquel llamamiento al Palacio de Justicia era el mismo que motivaba aquella visita de una madre sumida en la desesperación, tuvo despertado al sabio gran parte de aquella noche.

Por primera vez al cabo de muchos años riñó a la señorita de Trapenard por una negligencia sin importancia en el servicio; y cuando a la una de la tarde siguiente pasó por delante de la portería, el semblante del sabio, ordinariamente sereno, expresaba tal alarma, que el señor Carbonnet, puesto ya sobre aviso por la papeleta de citación que se recibió abierta, según la costumbre demasiado brutal de la curia, y que el portero había leído de cabo a rabo, como era natural, dijo confidencialmente a su mujer:

—No tengo curiosidad por enterarme de negocios ajenos; pero daría de muy buena gana veinte años de la vida del ama, por saber lo que pueda pedir la justicia a este pobre señor Sixto, que sale ahora como palomino atontado.

—Mira, mira, el señor Sixto ha variado su hora de paseo—decía a su madre la muchacha que llevaba las cuentas de la tahona inmediata—; parece que tiene un proceso en el Juzgado con motivo de una herencia.

—¿Qué me cuentas del padre Sixto?... Mírale cómo va... Parece que la justicia anda tras de enredarle... ¡Por algo será!—decía a su compañero uno de los dos practicantes de la botica—. Esos viejos, lo ves, parece que no han roto un plato en su vida, y a lo mejor vienen a saberse un sin fin de historias de muchachas. En el fondo, todos estos filósofos viejos son unos canallas.

—Está hoy más salvaje que de ordinario. Verás cómo ni siquiera nos saluda.

La que decía ésto era la mujer del profesor del *Colegio de Francia* establecido en la misma casa que el célebre filósofo, y que se cruzaba con él en aquel momento.

—Más vale así; dicen ahora que van a ser condenados sus libros. No se pierde nada.

Y cata cómo el hombre más humilde, el que se considera más ignorado, no puede ni aun mover un pie sin dar motivo a comentarios lanzados por cientos de bocas, si se empeña en vivir en lo que se ha convenido en llamar un barrio tranquilo. Bien será, sin embargo, tener en cuenta que si Adriano Sixto hubiese sospechado, que no llegó a sospecharlo nunca, la vigilancia de que era objeto, habríase cuidado de ella lo mismo que se cuidaba de un tomo de filosofía oficial... Esta era para Sixto la manifestación del colmo de su desprecio.

29799